

SOLEMNIDAD DE SANTIAGO APÓSTOL

El nombre de Santiago va asociado al camino que conduce a una pequeña ciudad del noroeste de nuestro país.

El camino es símbolo de comunicación, de apertura, de encuentro.

La iglesia apostólica fue una iglesia caminante, comunicativa, abierta.

Cuando en la fiesta de un apóstol recordamos el origen y el fundamento de la Iglesia, recordamos que el sentido de la iglesia es ponerse en camino y acudir al encuentro de la gente.

Recordamos que la misión de la comunidad cristiana es abrir caminos que conduzcan a Dios y al encuentro en la paz y la justicia de todos los pueblos

Según la tradición, a España, provincia del Imperio, viene Santiago el Mayor, uno de los hijos del Zebedeo, el hermano de Juan.

De carácter fuerte y ambicioso, arrebatado, Hijo del Trueno, y predilecto del Señor.

Hispania, culturizada por Roma, se había enriquecido con un cruce de colonizaciones y civilizaciones.

Los iberos de África habían dado a nuestra patria el nombre primigenio de Iberia, como hija del padre Ebro, máximo exponente de la tierra.

Del centro y del norte de Europa, llegaron después los celtas, hombres rubios y algo más refinados, en contraste con los africanos, que eran morenos y fuertes. Del mestizaje de los dos pueblos nacerán los celtíberos, que darán el nombre a Celtiberia. Los griegos también colonizan a Iberia, antes de que vengan los romanos e integren la península como Hispania, constituida ya colonia romana.

Este cruce de invasiones dio lugar a un enjambre de paganismo y de religiones, necesitadas de evangelio y difíciles para recibirlo.



A este campo de siembra llega Santiago, y aquí, lejos de Oriente, en el "finis terrae" y confín del "mare tenebrosum", donde acaba la tierra, sembró las primeras semillas del evangelio.

Tanto sufría Santiago que María, la madre del Señor, compadecida de la soledad del Apóstol y, seguramente con la recomendación de su hermano Juan, vino en carne mortal a Zaragoza, la Cesaraugusta de nombre imperial, situada en la orilla del Ebro, a confortar su espíritu, según mantiene la vieja y arraigada tradición. María fortaleció su corazón solitario, su siembra al parecer estéril. Vuelto a Jerusalén, "el rey Herodes lo hizo decapitar para complacer a los judíos".

Según el *Codex Calixtinus* del siglo XII, y la *Leyenda aurea* del siglo XIII, los discípulos del santo transportaron su cuerpo por mar hasta Galicia, y lo depositaron cerca de la ciudad romana Iria Flavia.

Otra tradición hace protagonistas a los monjes andaluces que, huyendo de la invasión musulmana, subieron hacia arriba, llevando consigo los huesos de Santiago.

Pero el hecho de la evangelización de España por Santiago consta ya en el *Breviarium Apostolorum* del siglo VII.

Su sepulcro, como el de Jesús en Jerusalén, y el de Pedro y Pablo en Roma, se convirtió en lugar de peregrinación, para conseguir el perdón atravesando el Pórtico de la Gloria del maestro Mateo. Allí nació Europa, y allí tiene sus raíces. (A recobrar esas raíces de su evangelización convocó Juan Pablo II a Europa, en el año 1982: "*Europa, se tú misma*").

Venían de Europa los peregrinos, trasvasando fe, cultura y fraternidad. Con las multitudes vinieron también personajes como Carlomagno y el Poverello de Asís. Desde Somport a Roncesvalles, llegando hasta Puente la Reina en Navarra, la tierra riojana, y la castellana hasta arribar por fin en Galicia, a Santiago, Campo de estrellas.

Bien puede decir Santiago con Pablo que "el tesoro de la fe lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros". Por eso aunque "nos aprietan por todos lados, no nos aplastan". Y si "nos entregan a la muerte por causa de Jesús, es para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal".

Con el martirio de Santiago se cumple la palabra profética de Jesús: "Beberéis mi cáliz". Se lo dijo cuando estaba lejos de desear la muerte, sino un cargo sobresaliente en el reino de Jesús.

Los dos Zebedeos, Santiago y Juan, sobre todo el impetuoso Santiago, como los discípulos que se indignaron cuando oyeron su pretensión, estaban aún verdes para la cosecha del martirio. No había venido todavía el Espíritu que les haría fuertes a unos y a otros para dar testimonio de la muerte y la resurrección de Cristo.; con su fuerza "nuestra tierra dará su fruto, porque nos bendice el Señor, nuestro Dios".

PRIMERA LECTURA

El rey Herodes hizo decapitar a Santiago

Lectura de los Hechos de los Apóstoles

4,33; 5,12. 27b-33; 12,1b.

En aquellos días los Apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor y hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo.

Los trajeron y los condujeron a presencia del Consejo y el sumo sacerdote los interrogó:

- ¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre de éste?

En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.

Pedro y los Apóstoles replicaron:

- Hay, que obedecer a Dios antes que a los hombres.

«El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero.»

«La diestra de Dios lo exaltó haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión con el perdón de los pecados.»

Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.

Ellos al oír esto se consumían de rabia y trataban de matarlos y el rey Herodes hizo decapitar a Santiago, hermano de Juan.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

La primera lectura de esta fiesta está entrelazada con un conjunto de datos que los Hechos nos ofrecen del testimonio de la primitiva comunidad, especialmente de los apóstoles (los Doce), que son los únicos que Lucas, su autor, reconoce como tales en esta segunda parte de su obra.

Ellos daban testimonio de la resurrección de Jesús, no podía ser de otra manera, porque de lo contrario no se explicaría lo que se ha dicho sobre Pentecostés y las consecuencias que esto supuso para los seguidores de Jesús, que todavía no tenían ni siquiera un nombre como seguidores. Será en Antioquía donde recibirán el de "cristianos".

Santiago, uno de los hijos del Zebedeo, debía ser, sin duda, en esos primeros momentos, un personaje influyente en la comunidad de Jerusalén, hasta que Santiago, el hermano del Señor se hizo con las riendas de los cristianos que pudieron quedarse en Jerusalén a causa de las persecuciones.

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos da la noticia escueta del martirio de Santiago el Mayor: Herodes lo mandó decapitar. El haberle infligido la misma muerte que a Juan Bautista sugiere que Santiago fue desde el principio un profeta incómodo para el poder civil israelita.

1.2. Mensaje

La muerte de Santiago, el Zebedeo, se nos relata escuetamente en Hch 12,1-2 y pone de manifiesto que fue el primero de los Doce que sufrió el martirio a manos de Herodes Agripa, el nieto de Herodes el Grande, quien había recibido el poder de Roma por unos años.

Lucas no se preocupa demasiado en describir cómo sucedió, a diferencia de lo que sucede con Esteban (Hch 7). En todo caso, la noticia sirve de introducción al hermoso relato de la liberación de Pedro de manos de las intenciones del judaísmo, en el contexto de la Pascua. Y es la consecuencia, sin duda, del anuncio de la resurrección por parte de los Apóstoles.

De hecho, la noticia sorprende en el sentido de que no fuera Pedro precisamente el primero en recibir el bautismo de sangre en nombre de Jesucristo. No hay explicaciones satisfactorias sobre el particular: ¿por qué Santiago y no Pedro? ¿era el más señalado por su ideología frente al judaísmo? Esta es una explicación que algunos han tratado de justificar, pero no es posible asegurarlo.

Salmo responsorial

SALMO 66

V/. Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

V/. El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

V/. Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud,
y gobiernas las naciones de la tierra.

R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

V/. La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.

R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

SEGUNDA LECTURA

Llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús

**Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios
4,7-15.**

Hermanos:

Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros.

Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan;

estamos apurados, pero no desesperados;

acosados, pero no abandonados;

nos derriban, pero no nos rematan;

en toda ocasión y por todas partes

llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús,

para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.

Mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte, por causa de Jesús;

para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.

Así, la muerte está actuando en nosotros, y la vida en vosotros.

Teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito:

«Creí, por eso hablé»,

sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús,

también con Jesús nos resucitará

y nos hará estar con vosotros.

Todo es para vuestro bien.

Cuantos más reciban la gracia, mayor será el agradecimiento, para gloria de Dios.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

En la defensa que Pablo tiene que hacer de su apostolado ante la comunidad de Corinto, porque han llegado "algunos" con cartas de recomendación para "dirigir" a la comunidad, se expresa la pasión del "apóstol" de los gentiles por el mensaje de la salvación.

Es un texto de una precisión inigualable. Todo se inicia (vv.8-9) con una lista de calamidades con las que se quiere ilustrar la metáfora del vaso de barro. Pero esas calamidades no destruyen -se entiende que por la ayuda y la acción de Dios-, ese vaso de debilidad que es el apóstol que predica el evangelio.

Es decir, el tesoro, que es el evangelio o el mismo servicio del evangelio, hace posible que el apóstol o los apóstoles no vivan angustiados ni desesperados ni abandonados ni perdidos.

Se trata de un catálogo que algunos han comparado con las adversidades que relatan los filósofos cínico-estoicos. Pero la verdad es que no está hablando de una propuesta de ataraxía o imperturbabilidad por parte de Pablo, sino que es una descripción de identificación con el misterio de Cristo, para poder participar así también, con esperanza, del triunfo de la resurrección. Por ello va a echar mano de la experiencia personal que todo creyente debe tener con Jesucristo, con su muerte y su resurrección.

El "tesoro" al que este pasaje alude es el conocimiento, la experiencia de Jesús resucitado (v. 6). Este es el incomparable don que llevamos en "vasijas de barro", expresión que puede hacer referencia a la debilidad personal del mismo Pablo (cf. 2 Co 12. 7-10; Ga 4. 14), o tal vez al propio cuerpo del hombre salido del barro según la tradición de Gn 2. 7.

La predicación de la fe se hace desde la limitación propia de ser hombre vv. 8-10: Toda esta serie de fuertes imágenes nos recuerdan las diversas peripecias de un combate de gladiadores.

Pablo ha experimentado personalmente esta situación (cf. 1. 8s; 11. 24s) y sabe muy bien que sin la gracia de Jesús estaba abocado al fracaso final. La debilidad del que cree no es síntoma de fracaso, sino lugar de la manifestación de Dios. Si en la debilidad de Jesús se manifestó la gloria del Padre, en la poquedad del creyente aparecerá sin duda la verdad del mensaje.

Pablo insiste muchas veces en esta carta sobre las pruebas de su ministerio, contrapartida de su fecundidad (cf. 6. 4; 11. 23-33). Pero hay una pizca de ironía al presentar así las cosas. El Apóstol ridiculiza a esos que se predicán a sí mismos (4. 5) y se creen desde ahora en posesión de la salvación futura (5. 10-13) (gnósticos?).

Apropiarse de la gloria de Jesús es un camino cerrado que lleva al fracaso. Cuando el profeta se adueña de lo que predica está cometiendo el robo más imposible: apropiarse de Dios mismo. El camino a seguir es el contrario: Dios se manifiesta en "nuestra carne". Nuestro diario luchar es hoy el lugar de la manifestación de Dios.

El argumento para demostrar que esto no es una locura está puesto en el triunfo de los creyentes mismos (como en 1 Co 6. 14-15). El profeta no se mueve continuamente en una paradoja, sino que tiene una fuerte seguridad: Dios le dará el triunfo.

Pero queda claro, según Pablo, que sólo puede hablar el que ha llegado a creer. Una fe recia es la garantía de un apostolado fecundo.

2.2. Mensaje

Pero más aún, el "emisario" o "apóstol" del evangelio debe estar en disposición de vivir esta vida en Cristo: entregarse a la muerte, para que los otros vivan de ese evangelio.

Así se dice clara y manifiestamente en 4,12: "de este modo, la muerte acontece en nosotros, y en vosotros la vida". Significa que mientras el apóstol, por causa del evangelio, va gastando su vida, en esa medida siembra vida en la comunidad que acoge ese mensaje.

Pablo ha expresado esta identificación con Cristo en otros momentos, como en Gál 2,20 o en Flp 3,7-11. Pero el hecho de que ahora apoye su ministerio en el kerygma: muerte y resurrección de Jesús, es porque sirve extraordinariamente a la metáfora paradójica del "vaso de barro" y del "tesoro".

El predicador del evangelio, pues, experimenta personalmente la soteriología en su doble dimensión de muerte y de vida. No se puede vivir sino muriendo, de la misma manera que Cristo no ha podido resucitar o "ser resucitado", sino pasando por la debilidad de la muerte (v.10).

Si todos los cristianos, pues, tienen que acoger esta experiencia soteriológica de identificación con Cristo, no puede ser menos el apóstol que está encargado de este ministerio.

Aleluya

Astro brillante de España,
apóstol Santiago,
tu cuerpo descansa en la paz,
tu gloria pervive entre nosotros.

EVANGELIO

Mi cáliz lo beberéis.

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 20,20-28

En aquel tiempo,
se acercó a Jesús la madre de los Zebedeos
con sus hijos y se postró para hacerle una petición.

El le preguntó:

- ¿Qué deseas?

Ella contestó: - Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino,
uno a tu derecha y el otro a tu izquierda:

Pero Jesús replicó:

- No sabéis lo que pedís.

¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?

Contestaron: -Lo somos.

El les dijo:

- Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha
o a mi izquierda no me toca a mí concederlo,
es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre.

Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos.

Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo:

- Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes
los oprimen. No será así entre vosotros:
el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor,
y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo.
Igual que el Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan,
sino para dar su vida en rescate por muchos.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Este episodio de la vida de Jesús con la madre de los hijos del Zebedeo, pasa a la historia de la tradición con todas las connotaciones de algo que pone de manifiesto que ha podido ser escrito, o al menos retocado, después del martirio de Santiago a manos de Herodes Agripa.

Por eso mismo, algunos consideran que Jesús pudo anunciar que seguirle a él, tomar la cruz, es "beber la copa" y, sin duda, palabras como estas tuvieron que oír los suyos en el camino hacia Jerusalén.

Quizá lo extraño de nuestro relato es que sea la madre de los Zebedeos, (y no éstos directamente, como sucede en Mc 10,35-45), la que hace la petición de sentarse a la derecha y a la izquierda en su gloria.

¿Será para rebajar la tensión entre los mismos discípulos y hacer más aceptable que una petición como ésta por parte de la madre es más verídica? Desde luego que el texto de Marcos debe ser más primitivo, ya que no se explicaría que Marcos hubiera prescindido de la madre. E incluso en la redacción se nota la petición era de los hijos "no sabéis lo que pedís". Una madre, desde luego, siempre puede exagerar en el deseo de lo mejor para sus hijos.

3.2. Mensaje

Pero lo que está en juego en este episodio es cómo los discípulos de Jesús nunca entendieron, antes de su pasión, lo que se estaba tramando en la vida íntima de Jesús y en su misión de anunciar y hacer presente el reinado de Dios.

Quizás para rebajar este equívoco la tradición ha introducido en escena a la madre. El discutir sobre los primeros puestos, el entender el mesianismo de Jesús como algo social y político, es algo que responde a la historia verdadera de los seguidores de Jesús.

Pedro mismo, en Marcos 8,33, recibe el reproche más fuerte que podamos imaginar para el primero de los Doce, precisamente por no aceptar que el Mesías (Jesús en concreto), pudiera sufrir, porque esa no era la tesis oficial del judaísmo que ellos, desde luego, compartían.

Se habla de cuando "reines", lo cual denota la visión política del asunto y lo que los discípulos compartían cuando "seguían" al profeta de Galilea.

El sentido del reinado que Jesús anuncia, reinado de Dios precisamente y no de él directamente, queda truncado con la expresión de lo único que pudo prometerles a los hijos del Zebedeo, y a los Doce, y a todos los que sean sus discípulo: "beber la copa" (cf Is 51,17; Lm 4,21) que es "pasar todo un trago".

Es el anuncio de una prueba dolorosa que a Jesús no se le escapaba para él y para los suyos. Esto nos recuerda, inmediatamente, la escena de Getsemaní, que el mismo tuvo que afrontar desde su experiencia y psicología humana.

¿Por predicar un Dios así, un mensaje de liberación, las bienaventuranzas para los pobres y limpios de corazón, se debe pasar por este "trago"? ¡Sin duda! Eso es lo que les puede prometer Jesús a Santiago y Juan y a los Doce. Porque esa "copa" es la única que los hombres permiten al profeta del reinado de Dios. Y con ello se deshace el deseo ardiente de los primeros puestos, de triunfar, del poder.

El mensaje de Jesús lleva en su entraña el desposeerse de muchas cosas, pero especialmente el desposeerse de "triunfar" o al menos de triunfar venciendo a los demás.

Con el mensaje de Jesús se gana perdiendo, es decir, dando la vida a los otros como "pro-existencia" verdadera.

3.3. Actualización

El desmontaje del poder, poniendo como ejemplo la actitud de los jefes de este mundo, es proverbial.

Los verbos que se usan son elocuentes: tiranizar y oprimir.

Esa es la historia verdadera de los jefes y los imperios o reinos de los hombres.

El reinado de Dios, causa de Jesús, tiene un verbo más elocuente "servir".

La aplicación que se hace en el dicho al Hijo del hombre, es decir, al mismo "yo" de Jesús no deja lugar a dudas.

Se trata de "servir dando la vida".

No es simplemente el verbo "servir" a secas que puede sonar simplemente a esclavitud. Porque no se trata tampoco en el cristianismo de "ser esclavos". No es ese el sentido.

El cristiano no es "esclavo" ni del mismo Dios, porque Jesús no quiso hacernos esclavos de Dios.

Por tanto "servir dando la vida" por muchos, es decir, por todos, es lo específico de Jesús y lo debe ser de sus seguidores.

Eso es triunfar y beber la copa, y pasar el trago del seguimiento.

Por eso la palabra "rescate" (lýtron) debe tener ese sentido de redención o liberación. Es el término técnico para que los prisioneros de guerra o los esclavos logran su libertad.


Por tanto, redención (lýtron) debe significar "vivir haciendo vivir a los demás", "dando vida a los demás"; ese es el precio, ese es el lýtron cristiano.


Eso es lo que Jesús promete a los Zebedeos.


3 HOMILÍAS


PARA LA FIESTA DEL APÓSTOL SANTIAGO


1.^a

 Cuando la Iglesia recuerda la vida de un apóstol se remonta a los orígenes de la comunidad cristiana. Y con ese recuerdo todos los creyentes renovamos nuestro compromiso con la finalidad y el sentido de la iglesia. Santiago fue uno de los apóstoles que tras la muerte de Jesús desempeñó un papel central en la marcha de la primera comunidad cristiana.


 En nuestra tradición al decir el nombre de Santiago a casi todos nos viene a la mente la palabra camino. El camino es símbolo de comunicación, de apertura, de encuentro, de desarrollo. Los caminos ponen en relación pueblos distantes, vinculan personas alejadas, unen lo que se encontraba separado. Son ocasión de intercambio comercial y de producción cultural.


 La iglesia apostólica fue una iglesia caminante. Los apóstoles experimentaron que Jesús, después de su muerte, vivía junto a Dios y por eso seguía presente en medio de la humanidad. Y escucharon que ese Jesús les llamaba a salir al encuentro de otras personas para llevarles la paz y la reconciliación de Dios. Por eso, aquel grupo de pescadores israelitas recorrieron a pie miles de kilómetros llegando a lugares lejanos para ellos. Si como iglesia queremos recuperar nuestra identidad y renovar nuestra vocación tenemos que mirar a Jesús y atender a la forma en que se hizo presente en la primera comunidad. Jesús se presentó a sí mismo como camino y él mismo empleó su vida recorriendo caminos para encontrarse con la gente.


 Todos nos damos cuenta que el mundo y la vida de las personas ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Nuevos problemas y nuevas necesidades surgen a nuestro alrededor. Todos percibimos que la vida de muchos de los que nos rodean se encuentran afectadas por relaciones rotas, por heridas profundas en su corazón, por fracasos que dificultan el ponerse de nuevo en camino. En nuestro mundo se ha hecho muy grande la necesidad de relación, de comunicación auténtica y profunda. Como iglesia nos tenemos que preguntar si tenemos oídos para escuchar las necesidades de las personas con las que vivimos; si somos capaces de trazar caminos que nos lleven al encuentro de esas necesidades; si las personas con dificultades y problemas tienen cabida en nuestra iglesia.

 Algunas personas nos comentan su desencanto con la iglesia. Y dicen no entender a una iglesia que cuando habla en público parece empeñada en instruir más que en animar, en reñir más que en estimular. Dicen que les resulta difícil confiar en una iglesia que da la impresión de tener respuestas para todo, pero que se aventura poco en acompañar búsquedas. Todos nosotros somos iglesia y todos nosotros tenemos responsabilidad en que ese

desencanto pueda transformarse en confianza renovada. Para ello es importante que volvamos a centrar la atención en Jesús y ver que Él hizo las cosas de otro modo. Salía al encuentro de la gente con la mano extendida.

 Desde hace algunos años el camino de Santiago se ha vuelto a llenar de personas que lo transitan. Todos los que han recorrido ese camino siempre dicen lo mismo. Los paisajes que atraviesan son impresionantes. Pero lo más importante del viaje no es el paisaje. Lo más importante del camino de Santiago es que permite un viaje al interior de uno mismo. Poco a poco y al ritmo de la andadura uno va introduciéndose en su interior y aprende a conocer su capacidad de esfuerzo y de sufrimiento. Y se recupera de nuevo el valor de tantas cosas importantes: un amanecer, una puesta de sol, el silencio del bosque, el agua fresca bebida en el cuenco de la mano. Y se descubre que la aventura más impresionante es el encuentro sincero y tranquilo con otras personas. Y en medio de ese viaje interior quizás algunos se sorprenden a sí mismo elevando una oración de gratitud por lo que el Dios bueno nos ha dado. O una petición de perdón por el daño hecho a otras personas o por el tiempo perdido en la vida.

 Hoy día las distancias se han hecho más cortas y los viajes mucho más frecuentes. Los aeropuertos están al borde de su capacidad. Cada uno de nosotros hemos estado en lugares que hace años no habiéramos soñado con llegar a ver. Pero en este mundo de viajes sigue pendiente el viaje más importante que cada uno de nosotros tiene que realizar. El viaje al interior de uno mismo.

 Hoy día, algunos se preguntan por el lugar y el sentido de la iglesia. ¿Cuál es nuestra misión, cuál es nuestra función? La iglesia apostólica y la iglesia medieval nos ha dejado una indicación para encontrar la respuesta. La misión de la iglesia es ayudar a otros a recorrer su camino interior, a salir al encuentro de sí mismos para allí encontrarse de verdad con los otros, con el mundo y con Dios.

Fray Ricardo de Luis Carballada, O.P

2.^a

«Todos somos romeros que caminos andamos» El cristianismo ha sido pródigo en peregrinaciones a lo largo de su historia. Ha cultivado una forma de religiosidad espontánea y popular que ha puesto en marcha a los creyentes para moverse de un lado a otro en un clima de peregrinación. Me atrevo a decir que la mayoría de las celebraciones patronales en el mundo rural de nuestro país incluye siempre, como mínimo, una pequeña peregrinación, un traslado en procesión de la imagen venerada desde la ermita hasta la iglesia parroquial. Puede decirse que la primera peregrinación del cristianismo es la que hicieron los magos de oriente. Es la historia de unos hombres, dedicados probablemente a la astrología, que descubrieron una estrella en el cielo y se pusieron en camino. Es un espléndido símbolo de la búsqueda de sentido que anida en el corazón del ser humano. Porque hay siempre momentos en que necesitamos algo más que explique el sentido de nuestra vida que los cofres en que almacenamos los bienes materiales y buscamos una estrella que marque un rumbo y dé densidad a nuestra existencia.

Diez siglos más tarde arranca uno de los movimientos más sorprendentes de la historia humana. En los ss. XI a XIV los caminos de Europa se comienzan a llenar de iglesias, ermitas, hospitales, puentes, por los que circulan millones de hombres que se ponen en camino hacia el extremo más occidental del mundo entonces conocido: hacia el Finisterre -el fin de la tierra-, donde se abría el mare ignotum, un mar proceloso y desconocido que no se sabía dónde acababa y hacia dónde conducía.

Todavía no había nacido nuestra lengua castellana. Será sólo en el siglo XIII cuando un clérigo llamado Gonzalo redactó en verso una serie de milagros obrados por Santa María. Lo hizo desde su monasterio de San Millán de la Cogolla, en un claro cerca del pueblo de Berceo en la Rioja, un territorio disputado por Castilla y Navarra.

Sus versos iban dirigidos a aquellos que hacían el camino que conducía desde los Pirineos al gran santuario de Santiago de Compostela: "Yo maestro Gonçalvo de Verceo nomnado/ yendo en romería caecí en un prado,/ verde e bien sencido, de flores bien poblado,/ lugar cobdidiabduero pora omne cansado". Y más tarde añade: "Todos quantos vevimos qe en pienes estamos, siquiere en presón o en lecho yagamos,/ todos somos romeos qe camino andamos;/ San Peidro lo diz esto, por él vos lo probamos». Gonzalo habla a esa proporción no despreciable de la población de Europa central y occidental que, desde el s. XI hasta el XV, peregrinó a Compostela. Porque, siguiendo lo que dijo Gonzalo de Berceo: «Todos somos romeos qe camino andamos».

La historia medieval de Santiago arranca del año 813. Un monje o eremita, Pelayo convence al obispo de Iria Flavia, Teodomiro, para que examine el lugar conocido como "Arca marmórica". El rey Alfonso II acude a ese lugar y aclama a Santiago como patrono del reino y transmite la noticia del suceso a todo el mundo cristiano. Se crea el primer santuario y comienzan las peregrinaciones.

En 997, Almanzor destruye la ciudad y el santuario, pero el santo obispo Pedro de Mezonzo (el autor de la Salve regina, en el cercano monasterio de Sobrado dos Monxes) huye a tiempo salvando las reliquias. Se reconstruye el templo y arranca el esplendor de Santiago, en el que jugará un papel fundamental otro obispo, Diego Gelmírez, que pone las semillas de la futura Universidad hacia el año 1100, dando paso al mayor esplendor de Santiago en los siglos XII y XIII.

PEREGRINOS/ST: Para conocer las peregrinaciones, los eruditos acuden al Liber sancti Iacobi, una famosa compilación medieval que explica lo que se exige al peregrino, qué era lo que tenía que hacer para beneficiarse de su peregrinación, una especie de primera guía turística. En el libro primero dice: «El camino de Santiago es bueno pero estrecho, tan estrecho como el camino de la salvación. Ese camino es el repudio del vicio, la mortificación de la carne y el incremento de la virtud... El peregrino no puede

llevar consigo ningún dinero, excepto, tal vez para distribuirlo entre los pobres a lo largo del camino. Aquellos que vendan sus propiedades antes de partir, deben dar a los pobres hasta la última moneda. En el pasado los fieles tenían un solo corazón y una sola alma, y conservaban toda su propiedad en común, sin poseer nada propio: de la misma manera, los peregrinos de hoy deben tener todo en común y viajar juntos con un solo corazón y una sola alma. Los bienes compartidos valen mucho más que los que son propiedad de los individuos. Santiago era un vagabundo sin dinero y sin zapatos y, sin embargo, subió a los cielos apenas murió; ¿qué les ocurrirá a aquellos que se dirigen con toda su opulencia hacia su santuario, rodeados por todas las muestras de la riqueza?».

Evidentemente, no todo fue tan altruista en la peregrinación a Santiago: en ellas se fundieron otros muchos factores: el espíritu de aventura, ahora que tocaban a fin las cruzadas, el deseo de expiar los pecados, los milagros maravillosos atribuidos a la intercesión del Apóstol... Pero nadie discute que el camino de Santiago fue extraordinariamente importante en el surgimiento de la conciencia de Europa; que en él se entrecruzaron, en su búsqueda última de Dios, generaciones y generaciones de creyentes, procedentes de los reinos cristianos europeos. Allí comenzó a renacer el espíritu de una Europa que fracasaba en los intentos políticos pero que se hacía realidad desde la base, desde las personas de todas las clases y naciones que se hermanaban en el camino común hacia la tumba del Apóstol.

Santiago está asociado a muchos símbolos: desde la cruz de Santiago hasta los pins, hoy de moda. Sin duda, los más sencillos, los que, sin duda, surgieron de la base, son el bordón, la vieira y la calabaza.

El bordón es símbolo de la dureza de la vida, que experimentaba el hombre medieval y que, hoy también, de forma distinta, seguimos experimentando. La vida sigue siendo un camino, una peregrinación, un valle de lágrimas, aunque también de gozo y «romería», como rezaba aquel santo monje de Sobrado. Y aquí estamos hoy también nosotros pidiendo al Señor que nos ayude en nuestro caminar; que él sea nuestro compañero de camino, como en aquel delicioso pasaje evangélico de Emaús.

La vieira, esa concha sencilla y amplia, es un símbolo del misterio del mar. Hoy sabemos lo que hay detrás de ese mare ignotum, pero hay un mar desconocido que llevamos dentro de cada uno de nosotros y que no sabemos explicar. Porque la condición humana, lo que somos cada uno de nosotros, es un misterio inextricable, abierto a unas últimas preguntas, a un abismo interior que nos desborda y nos trasciende. Y donde podemos encontrar, como los peregrinos medievales, a ese Dios más íntimo que nuestra mayor intimidad, escondido como entre las valvas de la vieira.

Y, finalmente, ese símbolo casero y popular de la calabaza, con un agua que refresca, un alivio que compartían los peregrinos del medioevo y que es un símbolo de hermandad, de solidaridad, entre los que compartimos los caminos de la vida, en ese clima fraterno del que hablaba el Liber sancti Iacobi.

Los magos de oriente buscaban una estrella; fue también el embrujo de las estrellas sobre un campo -Compostela, «campo de estrellas»- el que llamó la atención de aquel eremita Pelayo. Según la tradición, cuando el apóstol Santiago fue degollado por Herodes, sus discípulos transportaron sus restos en una embarcación hasta Iria Flavia en Galicia. Allí pidieron ayuda a una matrona romana, Lupa, que les prestó un carro tirado por toros para que le llevaran hasta el lugar en que quisieran los animales. Donde estos se detuvieron, fue sepultado Santiago.

Ese sepulcro fue una estrella de fe y solidaridad para millones de cristianos del medioevo; ojalá lo sea también para los que buscamos hoy también estrellas y las raíces de nuestra fe. Porque como dijo Gonzalo de Berceo: "Todos somos romeos qe camino andamos". Y, hoy, alegres, muchos siglos más tarde, como romeros a Santiago caminamos.

JAVIER GAFO.

3.^a

Dos etapas en el seguimiento de Jesús

Celebramos hoy la fiesta de Santiago Apóstol, patrón de España. Después de escuchar las lecturas del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles, muchos se preguntarán qué relación puede existir entre el mensaje de dichos textos y nuestra actual realidad española, pues, en efecto, hoy España despierta a una nueva conciencia religiosa. Resulta evidente, entonces, que si en algún momento histórico Santiago apóstol pudo ser bandera o grito de guerra, o el prototipo de un esquema de catolicismo, las nuevas circunstancias históricas nos obligan a revisar un modo de pensar que no parece adecuarse al «hoy» de nuestro país. Mas tampoco debemos caer en el oportunismo... Precisamente por eso debemos, más bien, revisar los textos bíblicos de este día, que deben inspirar nuestra conducta actual, conectando nuestro presente con el hoy de Jesucristo, a pesar de todas las vicisitudes históricas que pudieron haber conspirado en contra del mensaje evangélico.

Según los evangelistas, Santiago y su hermano Juan, los hijos del Zebedeo, eran dos entusiastas apóstoles de Jesús, los mismos que habían pedido al Señor que hiciera descender fuego sobre algunas ciudades impenitentes, y los mismos que poco antes de la pasión y muerte del Maestro se le acercaron para pedirle los dos primeros puestos en el Reino mesiánico, interpretado como la instauración de un Estado teocrático tan poderoso que pudiera dominar sobre todos los pueblos.

Santiago, pues, inconscientemente, está conspirando contra el verdadero Reino de Dios al distorsionar su significado; más aún: está fomentando la división entre los apóstoles, celosos y envidiosos, ante el golpe que los dos hermanos estaban dando. Por todo ello la réplica de Jesús no tardó en llegar. Mas es bueno detenernos un momento aquí: hay dos etapas en Santiago, dos formas de pensar, dos maneras de entender el cristianismo. Hasta la muerte de Jesús antepone sus propios intereses a los grandes intereses del Reino de Dios. Le importa más el poder político-religioso que el servicio a los hombres por un camino de humildad. Busca ser servido y no ofrecerse como servidor de la comunidad... Es la mentalidad de un catolicismo a ultranza, combativo y guerrero, síntesis entre el poder humano y una forma religiosa. Podríamos afirmar, desde el hoy de nuestra historia, que este Santiago representa un tipo o una etapa del catolicismo español. Hay entusiasmo, fervor, valentía y fuerte adhesión a la fe católica; pero también un punto de vista que puede corromper todo el esquema: la estrecha relación entre el poder político y la Iglesia. Las consecuencias de este tipo de catolicismo son bien conocidas: mientras se robustece la Iglesia como institución de poder y de presión social, el cristianismo se va aislando de los demás pueblos y se pierde el sentido universalista y evangelizador de la fe. Los cristianos nos amurallamos en nuestra casa fuerte, recelosos y desconfiados ante una historia que avanza irremediabilmente hacia una etapa mucho más madura y pluralista. Pero Santiago no se quedó siempre en su primera concepción cristiana; él también supo madurar y asimilar lo que le dijera el Maestro en aquella oportunidad. Jesús lo invitó a beber su misma copa -la copa del servicio a los hermanos y de la cruz-, ya que «los jefes de los pueblos los tiranizan y los oprimen. Pero no será así entre vosotros, pues el que quiera ser grande que se haga servidor, y el que quiera ser el primero. que se haga esclavo». Que Santiago supo asimilar esta fundamental enseñanza de Jesús lo prueba la primera lectura de hoy, tomada de los Hechos de los Apóstoles: Santiago fue el primer apóstol que cayó víctima de la intolerancia religiosa.

Supo enfrentarse al poderoso Herodes y a los jefes del pueblo para anteponer los derechos de Dios a los egoísmos de los hombres: "Hay que obedecer a Dios antes que

a los hombres". Su decapitación es signo evidente de que en él vieron Herodes y los judíos recalcitrantes a la figura apostólica que más se identificaba con el modo de ser y de pensar de Jesús. La copa de Jesús dejaba de ser una metáfora y Santiago caía ante la espada del verdugo. Podemos extraer aquí una importante conclusión: la festividad de hoy puede centrar nuestra atención en la primera o en la segunda etapa de fe de Santiago. En uno o en otro caso el significado de esta fiesta cambia radicalmente. Si hacemos nuestro patrón al Santiago que bebe la copa del dolor y del servicio fraterno, también serán nuestras las palabras de ese otro gran apóstol, Pablo, quien hoy nos ha dicho: "Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados... En toda ocasión y por todas partes llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo".

En síntesis: es cierto que hoy el cristianismo español vive un momento crítico, pues muere la etapa de los privilegios y se inicia la era de un compromiso mucho más serio y personal. Pero esta muerte a una etapa que nos dio demasiado -y todo demasiado fácil- debe ser interpretada como una muerte necesaria a ese mundo de egoísmo que llevamos en el interior de nuestro cuerpo -social o comunitario-. Si esta estructura -si este cuerpo-social- cristiano- muere, también podrá renacer a la auténtica vida de Cristo.

Dos coordenadas de una misma fe

Como toda fiesta patronal, también ésta tiene un significado muy especial: es la toma de conciencia de todos los cristianos españoles de que formamos una gran comunidad que, pese a sus diferencias regionales, culturales, políticas o económicas, sin embargo se siente unida por la misma fe, la misma esperanza y el mismo amor.

Coincidencia fortuita o designio providencial, lo cierto es que una nueva concepción del cristianismo resurge en nuestro país en un momento en que cobran relieve las diversas peculiaridades de cada una de las regiones españolas. Mirando este fenómeno desde el ángulo de la fe, puede ser interpretado de la siguiente forma: la unidad de la fe no impide las particularidades de cada sujeto o región, de forma tal que el cristianismo, lejos de aplastar lo más típico y personal de cada uno o de cada grupo, es el aliciente para que aprendamos a vivir la misma fe, pero expresándola según nuestra propia interioridad. La fe cristiana, lejos de aplastar al hombre desde fuera para que renuncie a su identidad, es una llamada a la libertad y a la maduración total: la interior y personal, y la social y comunitaria. Desde esta perspectiva, la fiesta patronal de hoy, de carácter nacional, adquiere un relieve especial: sepamos con madurez coordinar estas dos variables fundamentales: el sentido comunitario y universalista, por un lado, con el carácter personal o regional por otro.

La madurez de nuestro pueblo pasa hoy por una prueba: sin dejar de sentirnos el mismo pueblo con un común destino histórico, sepamos aceptar, comprender y respetar las características típicas y peculiares de cada uno de los grupos que conforman nuestro país. Eliminemos el aislamiento y el individualismo; pero eliminemos también toda concepción masificadora y uniformante. No confundamos unidad con uniformidad; como asimismo, no confundamos individualidad con individualismo. Roguemos a Dios en esta festividad de carácter nacional para que el camino que ha emprendido España hacia una madurez política, social o religiosa no aborte debido al predominio de alguno de los extremos expuestos. Saber conciliar estas posiciones encontradas es nuestro gran desafío histórico, y es, por eso mismo, nuestro compromiso cristiano como miembros de un país.

SANTOS BENETTI